

Mi hijo en una escuela madrileña

por Giles Tremlett, periodista inglés

Cuando vi a mi hijo de cuatro años que se subía a un autocar para irse tres días de campamento escolar, y al director del centro que quitaba importancia a mi preocupación porque no había cinturones de seguridad, comprendí, de una vez por todas, que su educación iba a ser muy distinta
5 de la mía. Las matemáticas, la lectura, disfrazarse de Cervantes y aprender a manejar las tijeras formarían parte de las primeras experiencias escolares de mis hijos en Madrid. Pero uno de los objetivos fundamentales era que los niños aprendieran a formar parte de grandes grupos con alegría, a estar siempre cómodos en una masa de personas
10 (a menudo ruidosas y metidas en un autocar). Leer en solitario durante el recreo estaba mal visto. Lo importante era formar grupo. “Pensad que todos serán amigos cuando lleguen a nuestra edad”, como suspiró una madre española mientras los despedíamos.

Yo solté una cínica risita. Sin embargo, hasta ahora, esa madre ha
15 demostrado tener razón. Mi hijo ha cambiado de colegio pero, a los 16 años, está en un equipo de fútbol juvenil con otros cuatro niños de aquel autocar. Muchos de aquellos que tenían entonces cuatro años duermen de forma habitual en nuestras camas de invitados, aunque sus piernas largas y peludas ya caben a duras penas en ellas. Si uno de los
20 propósitos era convertirlos en fieles amigos para toda la vida, lo consiguieron.

adaptado de: El País, 31-05-2012